VENTURA

LA MADRE DE DIOS

BT599
R3
1867
c.1

45345

008742

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

Tesoro de Predicadores Ilustres.

LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES.

LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES,

Ó EXPLICACION

DEL MISTERIO DE LA SANTISIMA VIRGEN

AL PIÉ DE LA CRUZ,

POR EL REVERENDO PADRE

J. VENTURA DE RAULICA,

antiguo General de los Teatinos, Consultor de la sagrada Congregacion de Ritos, y Examinador de los Obispos y Clero Romano;

OBRA TRADUCIDA POR EL PRESBÍTERO

D. ILDEFONSO J. NIETO,

Doctor en sagrada Teología y en Jurisprudencia, Capellan de honor honorario y predicador de S. M., dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, etc.

CUARTA EDICION.

Emeterio Valverde
PRESBÍTERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID,

LIBRERÍA DE **D. LEOCADIO LOPEZ**, EDITOR,

calle del Cármen, número 13.

1867

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
45345

BT599
R3
1867

ES PROPIEDAD.

MADRID, 1867. — Imprenta de FERMIN MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

CAPILLA ALFONSINA
FONDO CEMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ
CFGCA

PRÓLOGO.

Es un sentimiento comun y una creencia universal entre nosotros los católicos, que todos somos hijos de María, y que la Madre de Dios es igualmente Madre nuestra. Todos en efecto la consideramos, la confesamos y la invocamos bajo este título. De aquí nace la tierna devocion que le profesamos, el amor que le tenemos, el gozo que experimentamos cuando la alabamos, la dulce confianza y la seguridad con que recurrimos á Ella é imploramos su proteccion.

Mas este sentimiento tan vivo, tan tierno y tan universal respecto á María; este sentimiento, que la doctrina de los Padres, las decisiones de los concilios y las prácticas de la Iglesia han confirmado, han acrecentado y propagado, pero que no han mandado ni inspirado; este sentimiento tan perpétuo y tan constante, que habiendo tenido su orígen entre los cristianos en la cuna misma del Cristianismo, ha atravesado diez y ocho siglos de contradicciones y de pruebas de todo género, y sin perder nada de su primitivo vigor, se ha conservado puro hasta nosotros; este sentimiento, repito, no puede ser efecto de un juicio erróneo ni de una idea exagerada que los cristianos hubieran formado de los títulos de María, de sus cualidades, de sus privilegios ó de su poder ante Dios y de su bondad para con los hombres. Debe, pues, ser efecto de esa especie de instinto maravilloso que guia

003742

al pueblo cristiano en sus sentimientos comunes, lo mismo que en sus creencias universales en materia de religion, y en sus prácticas, que son la expresion, la manifestacion y la consecuencia de ellas. El debe tener una relacion secreta, pero necesaria, con alguna verdad religiosa que le sirva de apoyo y de la que reciba su fuerza y su vida, como la planta recibe de una raiz oculta el jugo que la conserva y le hace producir sus frutos.

Pero es necesario confesarlo: el conocimiento de esa verdad religiosa no es tan claro ni tan comun en los espíritus como el sentimiento de que hablamos lo es en los corazones. Todos creen, todos sienten que la Madre de Dios es tambien Madre de los hombres; pero son pocos los que pueden darse razon á sí mismos de este sentimiento y de esta creencia; son pocos los que comprenden las causas que dieron á María un título tan honorífico para Ella, y tan tierno, tan dulce y tan consolador para nosotros.

Existen indudablemente muchos libros de religion y de piedad muy apreciables, que enseñan á los fieles que la Santísima Vírgen nos engendró en sus penas y nos dió á luz en sus dolores; que el misterio de nuestra descendencia de María, lo mismo que el de nuestra descendencia de Dios, se cumplió en el Calvario; pero no hay uno de cuantos han escrito acerca de los privilegios, las grandezas, los títulos de María y los méritos de su vida, que no tome en sentido figurado y profético aquel pasaje tan tierno del Evangelio, en el que el Salvador, moribundo, llegado ya el término de sus sufrimientos y de sus angustias, designó á María desde la cruz por Madre de San Juan. No hay uno que no sostenga que en la persona de San Juan fuimos todos dados por hijos á María, y que Ella se hizo entónces nuestra verdadera Madre; pero no explican el modo con que el mismo pasaje del Evangelio que anuncia la maternidad personal de María con relacion á San Juan, puede contener tambien con la misma verdad el título de la maternidad de María con relacion á nosotros. De modo que la idea que nos hace mirar á San Juan como representante de todos los cristianos, y á éstos como participantes de su adopcion, es mirada por muchos como una idea ascética, como una piadosa interpretacion y como una explicacion feliz del texto sagrado, más bien que como una verdad teológica.

Cuando tratan de los dolores acerbos que María sufrió al pié de la cruz, los consideran generalmente más bien como dolores que sufrió con paciencia, que como dolores deseados y queridos por Ella; más bien como el efecto de la dura necesidad que le imponia su cualidad de Madre de Jesucristo, que como el objeto de sus votos ardientes y de su libre eleccion. De este modo se hace incomprensible cómo María nos engendró verdaderamente en su martirio, y cómo nuestra descendencia con respecto á Ella se halla fundada en una razon positiva, en un título real.

Si consideramos despues á María junto al patíbulo ignominioso y cruel de Jesucristo, sufriendo en su tierno corazon (y este es el sentimiento unánime de los Padres) todos los ultrajes y todos los tormentos que sufrió su Hijo en su delicado cuerpo, naturalmente nos inclinamos más bien á compadecerla que á concebir respecto á Ella sentimientos de una verdadera gratitud. La meditacion de sus dolores es más bien el homenage de una estéril compasion, ofrecido á la más desolada de todas las mujeres, que el tributo de sincero reconocimiento que le es debido como á la más tierna y generosa de todas las madres. El misterio de su martirio, así considerado, es más bien el misterio de su valor, de su constancia y de su firmeza, que le dió el título de *Reina de los mártires*, que el de su generoso amor y su ardiente caridad, por el que mereció ser llamada *Madre de los hombres*.

Es necesario confesar que este misterio se trata generalmente de una manera demasiado humana, por lo cual pierde mucho de

su dignidad y su importancia. No se teme atribuir á María al pié de la cruz sentimientos y afectos que pueden muy bien suponerse en el corazon de una madre que ve espirar á su hijo en medio de los más sangrientos ultrajes, pero que no son muy conformes al ministerio sublime de Corredentora del mundo, que María debia ejercer en el Calvario. Una pintura demasiado material de sus penas distrae el espíritu del espectáculo imponente, sobrenatural y divino que ofrece un corazon víctima de un dolor inmenso, y al mismo tiempo de un amor sin límites, que sumergido en un océano de aflicciones por la muerte de Jesucristo, lo ofrece, sin embargo, voluntariamente por la salvacion de los hombres, y que entregado á la más acerba agonía, se muere, segun la expresion de San Bernardo, en su Hijo y con su Hijo, y sufre este dolor, esta agonía y esta muerte con la dignidad, la sublimidad, la constancia y la grandeza de alma propias de una Madre que tiene á Dios por Hijo, del mismo modo que Jesucristo habia sufrido los padecimientos, la agonía y la muerte con todos los caractéres de independencia, de poder y de grandeza propios de un Hijo que tiene por Padre á Dios.

De esta consideracion, demasiado vaga, y por decirlo así, demasiado superficial y demasiado humana, resulta que el título de Madre, que damos á María, no le conviene sino en un sentido lato, en un sentido hiperbólico y figurado, y por una exageracion de las palabras y de los términos que una devocion afectuosa, pero exagerada, hubiera inspirado á los fieles.

Sin embargo, la Escritura Sagrada, los Santos Padres y los doctores de la Iglesia nos enseñan lo contrario. Nosotros hemos emprendido esta obra para hacer conocer su doctrina sobre una materia tan importante y tan consoladora al mismo tiempo. Nuestro objeto es demostrar que María en el Calvario se hizo nuestra Madre con los mismos títulos, guardada la debida proporcion, con

que Dios es nuestro Padre, y Jesucristo nuestro Hermano. Fundándose el misterio de la maternidad de María con respecto á nosotros en dos títulos principales, es decir, en la amorosa disposicion de Jesucristo, que nos legó á María como por un testamento inestimable, y nos la dejó para que nos sirviese de Madre, y en la libre y generosa cooperacion de María en este misterio que nos hizo renacer espiritualmente por el amor de Dios Padre, y por las llagas, la sangre y la muerte de Jesucristo, su Hijo, dividiremos por lo mismo este tratado en dos partes. En la primera explicaremos desde luégo en el sentido literal estas palabras de Jesucristo en la cruz: *Mujer, hé ahí tu hijo; hé ahí tu Madre.* Despues haremos ver la necesidad que hay de entenderlas en un sentido más elevado y más importante. Nosotros haremos ver la necesidad que teniamos, para nuestra salvacion eterna, de una madre en el órden espiritual, y cómo al darnos el Señor á María, la suya propia, proveyó á esta necesidad. Tambien hablaremos de la grandeza, del valor y de la importancia de tal legado, de los deberes que nos impone, de las esperanzas que nos hace concebir, del vínculo secreto que bajo un título tan dulce une el culto de María al espíritu de la verdadera religion, y forma uno de los caractéres propios de los verdaderos hijos de la Iglesia, á quienes ella distingue de los que están fuera de su seno; y finalmente, del modo de tributarle este culto para obtener los beneficios que están unidos á él.

En la segunda parte trataremos de la conformidad perfecta de la voluntad de María á la de Dios Padre al darnos su Hijo comun, y de su union con Jesucristo en la expiacion del pecado, por oposicion á Eva, que se unió á Adan para cometerlo. Nosotros procuraremos en esta segunda parte sondear el abismo de los dolores que María sufrió en el Calvario para darnos á luz espiritualmente, y medir la grandeza y la generosidad de su sacrificio. Tam-

bien procuraremos introducir alguna variedad en un objeto tan grave, sirviéndonos para ello de algunos pasajes de los libros santos, susceptibles de ser aplicados á esta materia.

Por lo que respecta al uso de estos pasajes históricos, tomados en su mayor parte del Antiguo Testamento, lo mismo que á las citas frecuentes de los Santos Padres y al estilo de este libro, remitimos al lector á las advertencias que hicimos en el prólogo del libro titulado *Las bellezas de la Fe*, del cual forma éste parte y es una continuacion.

Hemos querido presentar á las almas piadosas una lectura útil y agradable, una instruccion sólida sobre uno de los misterios más tiernos del Calvario, una lectura capaz de reanimar la fe, de acrecentar la esperanza, de inflamar la caridad, de fortificar más y más el amor y el celo por la religion, de despertar en los corazones verdaderamente cristianos el sentimiento, cada vez más vivo, de un amor filial á María y de una tierna confianza en su maternal proteccion; pero de tal modo, que esta confianza y este amor respecto á María haga germinar y crecer la confianza y el amor respecto á Jesucristo, objeto esencial y regla absoluta de toda verdadera devocion.

¡Augusta y santa Madre de Dios y Madre tierna de los hombres! Dignaos echar una mirada de dulzura y de bondad sobre este escrito, y honrarlo con vuestra maternal aceptacion. El os es presentado por el más miserable de vuestros siervos, por el más indigno de vuestros hijos, el cual os lo ofrece y os lo consagra con todo su corazon, como un débil, pero sincero homenage de su respeto y de su amor. Haced con la eficacia de vuestras preces llover sobre esta obra el rocío celestial, sin el que la palabra del escritor cristiano, lo mismo que la del apóstol del Evangelio, queda estéril y sin fruto. Haced que las almas piadosas que lleguen á echar sobre ella una ojeada, crezcan cada vez más en amor

hácia vuestra Persona, en confianza en vuestros auxilios y en celo por vuestro culto, y que crezcan al mismo tiempo en amor y en confianza hácia la Persona de vuestro Hijo y en celo por su culto. Conceded, sobre todo, al que ha escrito este libro una parte de los frutos que ha querido proporcionar á los demas. Haced ¡ay! que nada le impida participar de los méritos infinitos del misterio de la cruz, en el que tuvisteis Vos una parte tan importante, y que reciba la única recompensa que espera de vuestra clemencia y de vuestro amor; ésta consiste ¡oh Madre misericordiosa y fiel! en que cumplais en él vuestra palabra y le alcanceis la salvacion eterna de su alma, coma lo habeis prometido á los que ensalzan vuestros privilegios y glorifican vuestro nombre: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* (*Eccli.*, XXIV, 31.)